

# **cristianismo y culturas**

Verdad de Perogrullo sería afirmar que cada uno de nosotros va descubriendo la realidad a través y sólo a través de la cultura en que nacemos y nos desarrollamos. Todos los conocimientos que vamos adquiriendo llegan a nosotros condicionados por nuestra lengua, por la concepción del mundo que han heredado cuantos nos rodean, por sus costumbres, sus tradiciones, su arte, sus convenciones. Cuando el cristianismo apareció en el mundo, era una realidad que todos tenían que descubrir. Y, como era lógico y necesario, cada hombre, necesariamente encuadrado en una cultura concreta, lo fue descubriendo de acuerdo con los condicionamientos propios de su propia cultura.

Los primeros que hubieron de conocer y asimilar el cristianismo fueron los judíos. Para ellos la cosa no resultaba difícil, puesto que el cristianismo nació judío. Judío era Cristo y judíos eran los Apóstoles y los primeros discípulos. Toda la marcha providencial del pueblo judío era una padagogía destinada a preparar la venida del Salvador.

Los condicionamientos culturales judíos eran los más aptos y adecuados para el cristianismo. Cristo no había venido para derogar la Ley o los Profetas, sino para darle cumplimiento (Mt. 5, 17).

Hasta tal punto era judía la Iglesia en sus primeros años de existencia, que la primera comunidad cristiana era considerada como una más de las varias sectas o facciones que existían en el seno del pueblo judío: saduceos, fariseos, zelotes, esenios y «nazarenos». Los «nazarenos» eran buenos judíos: subían al Templo al tiempo de la oración de media tarde (Act. 3, 1), frecuentaban a diario el Templo en grupo (Act. 2, 46 y 5, 12), se guardaban bien de comer los manjares prohibidos por la Ley (Act. 10, 10-14). Los responsables de la comunidad cristiana de Jerusalén podían decir con toda verdad a Pablo: «Hermano, ya ves cuántos miles de judíos se han hecho creyentes, pero todos siguen siendo fanáticos de la Ley» (Act. 21, 20).

Judíos no cristianos acusaron a San Pablo de ser «cabecilla de la secta de los nazarenos» (Act. 24, 6). Lo reconoció San Pablo, asegurando «que servía al Dios de nuestros padres», «creyendo todo lo que está escrito en la Ley y los Profetas, con la esperanza puesta en Dios, como ellos mismos lo esperan, de que habrá una resurrección de justos e injustos» (Act. 24, 14-15).

## LA TENTACION DEL MONOPOLIO

Es evidente que los judíos no podían recibir el cristianismo sino en sus formas culturales judías. Lo malo era que esas formas culturales estaban estrechamente ligadas por un lado a contenidos religiosos del pasado y por otro a la nueva predicación. Todo esto facilitaba el conocimiento y asimilación del mensaje cristiano, pero al mismo tiempo comportaba un peligro: no llegar a distinguir suficientemente las diferencias entre lo antiguo y lo nuevo.

No pocos judíos cristianos sucumbieron ante el equívoco y trataron a toda costa de asimilar totalmente el cristianismo al judaísmo anterior. Tales judaizantes, por este mismo hecho, quedaron aislados y fuera de la gran iglesia. Pero otros muchos no. Y fueron estos últimos los que mantuvieron y transmitieron la antorcha de la nueva fe, que ellos siguieron viviendo como judíos. Desarrollaron su organización, su liturgia, su literatura, su pensamiento teológico cristiano, a tenor de las organizaciones conocidas en su propio ambiente, siguiendo sus costumbres en sus reuniones del templo y de la sinagoga, aplicando su cosmología, su angeología y sus estilos literarios al nuevo contenido de su reflexión. Esa fue la iglesia judía, la iglesia cristiana más antigua, la que más títulos podría ostentar a la hora de exigir el monopolio cultural del cristianismo, si tal monopolio fuese jamás posible.

El monopolio cultural ha sido siempre una tentación muy fuerte en el mundo cristiano. Que lo diga, si no, San Pablo, el incansable luchador en favor de la posibilidad de un cristianismo que no fuese necesariamente judío. Trabajo le costó a los mismos Apóstoles comprender que había que distinguir entre el mensaje puramente cristiano y los elementos culturales judíos en que necesariamente había tenido que nacer envuelto. San Pablo quería transmitir el mismo mensaje; pero, al querer transmitirlo a pueblos de otra cultura, comprendió que había de hacerlo despojándolo de todo elemento cultural judío, para encarnarlo en la cultura helenística. La atenta observación de los signos de los tiempos fue convenciendo a todos de que el cristianismo era verdaderamente universal y, como tal, no podía quedar supeditado a ninguna cultura única, por importante que ésta fuese, ni podía mantenerse ajena a toda cultura, porque eso sería mantenerse en el mundo de la abstracción.

El cristianismo está en este mundo, pero no es de este mundo. Es peregrino. Peregrino de cultura en cultura, para habitar en todas sin afincarse en

exclusiva en ninguna. Es duro peregrinar. Sería más cómodo establecerse definitivamente y descansar. Tan cómodo, que se ha intentado continuamente. Basta que el cristianismo alcance un grado notable de desarrollo en una determinada cultura, para que espontáneamente se lleve a cabo una indebida identificación en exclusiva. La iglesia siria oriental gozó durante siglos de una extraordinaria vitalidad. Llevó el evangelio al Asia central, a la India, a China y hasta Mongolia. Logró establecer la iglesia en todas esas regiones, con numerosos obispos y metropolitanos, mucho tiempo antes de que los misioneros occidentales descubriesen aquellos inmensos territorios. Los misioneros sirios hicieron notables esfuerzos de adaptación al nuevo medio en que tenían que moverse, pero no consiguieron distinguir plenamente en su propio cristianismo lo que era puro mensaje cristiano de lo que era revestimiento cultural sirio. Por ejemplo, la liturgia seguía celebrándose en sirio en aquellas regiones; la teología no era el resultado de una nueva reflexión, sino la que ellos llevaban consigo como fruto de su propia tradición, que en este caso era la antigua tradición antioquena y, más en concreto, la nestoriana.

Lo mismo se puede decir de la gran iglesia bizantina. Constantinopla era la nueva capital del imperio romano, la nueva Roma. La comunidad cristiana de Constantinopla había crecido al amparo, sobre todo, de la de Antioquía, de la que había recibido sus mejores obispos y sus tradiciones. Pero la importancia de la gran ciudad hizo crecer y desarrollarse a su comunidad cristiana hasta conseguir formas y tradiciones propias. Era una nueva encarnación del cristianismo, el cristianismo bizantino, que alcanzó una extraordinaria expansión, a base, en buena parte, de otra auténtica «colonización eclesiástica», es decir, de una cristianización de nuevos pueblos que fue unida a una «bizantinización cristiana».

## **EL MONOPOLIO OCCIDENTAL**

La monopolización más radical y de más decisivas consecuencias ha sido la llevada a cabo por el cristianismo occidental, por la iglesia latina. Diversas circunstancias históricas la han favorecido y le han dado una transcendencia y un arraigo sin paralelo posible en las demás iglesias. Entre los varios patriarcas o metropolitanos que regían las diferentes iglesias que constituyen la iglesia universal —nunca única en el sentido de uniformidad—, uno de ellos, el de la iglesia latina, era y es, además, el presidente de la comunión eclesiástica, el primado. Circunstancias históricas sobre las que no podemos detenernos ahora, llevaron a la rotura progresiva de la comunión entre las diferentes encarnaciones del cristianismo universal. La rotura de la comunión y el aislamiento mutuo facilitó la indebida identificación del cristianismo latino con el cristianismo a secas, con la única forma conocida y reconocida del cris-

tianismo, ya que era la única que reconocía al primado, su propio patriarca. Por si esto fuera poco, sobrevino la preponderancia de Europa sobre los otros continentes; la expansión colonial portuguesa y española hacia oriente y occidente, hasta abrazar el mundo; la gran expansión colonial, acompañada de la expansión misionera, propagadora del cristianismo occidental, de un cristianismo larga y profundamente desarrollado según la mente, las costumbres, la filosofía, las leyes y la lengua del mundo europeo.

Durante siglos, los católicos occidentales hemos creído que el único cristianismo verdadero era el nuestro, el occidental. Todavía, al final de la séptima década del siglo XX, hay muchos que lo siguen creyendo. Aunque no sea más que como síntoma, es curioso advertir que aún se pueda decir que «el latín es la lengua de la iglesia». Como si la iglesia universal, fundada por Cristo para todos los pueblos del orbe, de tan variadas lenguas y culturas, pudiese terminar siendo propiedad de una sola cultura y reducirse a los estrechos límites de una lengua. Ni siquiera la lengua aramea, la de Cristo y los Apóstoles, pudo merecer ese pretendido honor.

## **INUTIL EMPEÑO**

El desarrollo del cristianismo en cada cultura no fue obra de pocos días. No fue tampoco un desarrollo lineal, un progreso continuo sin obstáculos ni vacilaciones. La teología de cada iglesia, por ejemplo, se fue haciendo a base de trabajo, de tanteos, de equivocaciones, de consultas, de aciertos mezclados con errores, de clarificaciones con frecuencia dolorosas. Es el único camino para la penetración del cristianismo en cada pueblo o cultura. Inútil empeño es la pretensión de los que ya poseen un cristianismo desarrollado según sus propias categorías, de trasladar tal cual ese cristianismo a otras culturas. Difícilmente se resignan a que se repita en la nueva cultura todo el lento proceso de la encarnación: comenzar de nuevo la reflexión, la búsqueda, las equivocaciones y los aciertos. Se hacen la ilusión de llegar más pronto al fin deseado, haciéndoles adoptar en bloque su cristianismo ya elaborado. Inútil empeño, tan inútil como si un habitante del Afganistán se empeñase en que un español aceptase una propuesta suya por escrito, sin traducirla de su lengua a la nuestra, para ahorrarse el trabajo de la traducción o por miedo de que en ésta se deslicen algunos errores.

Es inútil empeñarse: los códigos usados para la transmisión de un mensaje o información son diferentes en cada cultura. Pretender transmitir el cristianismo mediante un solo código, es como montar una gran emisora de radio que cubra el mundo entero, y emitir los programas exclusivamente en la propia lengua, con la esperanza o la pretensión de que todos los escuchen y entiendan.

El lenguaje y todo sistema de comunicación en su sentido más amplio, es un hecho cultural ineludiblemente ligado a la cultura y sometido con ella a las limitaciones propias de todo lo humano y caduco. No existe un lenguaje único ni un lenguaje definitivo. Es inútil pretender dar un valor universal en el espacio y en el tiempo a unas determinadas costumbres, o leyes, o formulaciones que tendrán como objeto el tesoro inmutable de la tradición cristiana, pero que son marco y vehículo cultural y humano y, por tanto, caduco y limitado.

En los momentos actuales nos hallamos en circunstancias especialmente esclarecedoras en este particular. Ahora no es necesario viajar durante meses y meses de penosa navegación, para descubrir otros mundos diferentes del nuestro, pueblos llamativa y espectacularmente ajenos a nuestras costumbres, con diferente escala de valores, con otra visión del mundo y otras expresiones artísticas o institucionales. No son necesarios varios meses de navegación marítima; la navegación aérea nos puede trasladar de un continente a otro en pocas horas. Ni siquiera eso es necesario. No hay que trasladarse, porque ahora es la misma cultura o civilización la que se está trasladando. Se acaba la cultura europea occidental que nació al derrumbarse el imperio romano y asistimos a los primeros balbuceos de lo que con el tiempo será una nueva cultura, llamada a sustituir la que ya prácticamente ha dejado de existir. ¿Seguiremos empeñados en considerar válido para la nueva cultura que tiene que nacer, un cristianismo desarrollado a base de la cultura que está desapareciendo? Será otra vez un empeño inútil, porque ese cristianismo encarnado en una cultura concreta —una más, por más que hayamos querido absolutizarla— está pereciendo al compás de su propia cultura moribunda. En nuestro propio territorio occidental podemos constatar día tras día qué extraño e incomprensible resulta a las nuevas generaciones el lenguaje, los campos de interés, las leyes, los símbolos y las ceremonias de la iglesia. Más que de aversión, hay una actitud de indiferencia: exactamente la actitud que provoca un lenguaje desconocido, una expresión cultural que pertenece a otra cultura diferente y ajena.

Sería interesante, pero demasiado largo, hacer un recuento de los sofismas que se han manejado a lo largo de la historia a manera de argumentos con que justificar un determinado monopolio cultural en la iglesia. En el siglo IX, cuando los santos Cirilo y Metodio comprendieron que para evangelizar a los eslavos era necesario poner a su alcance una biblia y una liturgia traducida al eslavo, encontraron tenaz oposición en los obispos alemanes y en algunos papas. El argumento —el sofisma— principal para impedir lo que se presentaba como una innovación fue, nada menos, que «no estaba permitido alabar a Dios más que en las tres lenguas usadas en el título de la cruz: hebrea, griega y latina».

Un verdadero catálogo de falsas razones para cerrar la puerta a todo intento de verdadera encarnación del cristianismo en la China o en la India, en el siglo XVII, puede encontrarse en cualquiera de los libelos que se escribieron

entonces contra los métodos de evangelización empleados allí por los misioneros jesuitas bajo la égida de hombres excepcionales como Valignano, Ricci o de Nobili. Entre otras cosas, ningún concepto chino parecía a algunos suficientemente apto para expresar el nombre de Dios; en consecuencia, hubo quien propuso que, al hablar a los chinos del Dios que predicaban los cristianos, se introdujese en la lengua china la palabra «Deus»; ¡así no había lugar a confusiones!

A neófitos pertenecientes a las más diversas y lejanas nacionalidades se les ha obligado a que, al bautizarse, abandonen sus propios nombres para adoptar el de un santo, aunque el nombre del santo pertenezca a otra cultura totalmente ajena y sea por ejemplo, el nombre de Isidoro, que, etimológicamente significa «don de Isis».

Estas son meras anécdotas que aducimos aquí solamente como ejemplos curiosos y manifestativos de una errada disposición mucho más seria y grave, que llega incluso hasta la convicción de que el cristianismo ya no puede desoccidentalizarse, porque se ha incorporado ciertos elementos de la cultura occidental, convirtiéndolos en carne de su carne.

## **EL «ANGELISMO»**

Los extremos se tocan. Al fin y al cabo todo extremismo es una visión polarizada de la realidad, una deformación radical de la misma. El monopolio cultural en la iglesia es la consecuencia de un defecto de visión: no se distingue lo que es cultura de lo que es cristianismo. Una vez que falta la visión clara, lo mismo se puede deformar la imagen difuminando lo específicamente cristiano en lo cultural que, al revés, pretendiendo disolver en puro cristianismo lo que es y tiene que ser también propio de la cultura del pueblo que vive y constituye la iglesia.

No han faltado nunca en la historia de la iglesia los que pretenden vivir e implantar un cristianismo «angélico», sin cuerpo, ajeno a todo folklore, a toda fiesta popular, a toda imagen, inmune a cualquier peligro de «contagio», como si toda encarnación no fuese un «contagio». En nombre del «puro evangelio» o del espíritu, llegan a persuadirse a sí mismos de que la iglesia tiene que prescindir y ellos prescinden de lo material, de lo meramente humano, en aras de una espiritualidad libre de compromiso, sin darse cuenta de que esto no es posible en absoluto y que a lo más que pueden llegar es a prescindir o a despreciar las expresiones culturales ajenas a las suyas, pero nunca toda expresión cultural. Si lo lograsen, habrían acabado con la iglesia.

Habría que tratar aquí de la religiosidad popular, si no fuese éste un problema demasiado complicado para intentar resolverlo en unas pocas líneas,

Manifestaciones populares de carácter mágico o supersticioso se pueden encontrar en cualquier parte y no tendrían que entrar en consideración cuando se trata de encarnación del cristianismo. Pero el llamado «hombre culto» quizá vea más magia y superstición de la que en realidad existe, y la causa es que su pretendida cultura urbana y racionalista, o su falso espiritualismo, le han hecho incapaz de valorar el alcance de la expresión simbólica y la necesidad que el pueblo tiene de ella para entender y manifestar sus verdaderos sentimientos religiosos. Ha habido sacerdote que ha ahogado públicamente en la fuente del pueblo alguna imagen de santo para convencer a sus fieles que no eran necesarias tantas imágenes. Las fiestas populares patronales de algunos pueblos andaluces han desaparecido prácticamente o han perdido toda su popularidad, a causa de la rigidez con que sus párrocos trataron de depurarlas de toda contaminación profana. Para algunos católicos, las procesiones de la Semana Santa de Andalucía deberían desaparecer por completo, porque no son, según ellos, sino puras manifestaciones de un folklore huero y trasnochado. No cabe duda de que toda expresión popular no es, por sí misma, apropiada para expresar y alimentar un sentimiento sinceramente cristiano. Pero para saber si lo es o no, hay que estar convencido de que la cultura popular tiene tanto derecho como cualquier otra «cultura culta» a servir de vehículo al cristianismo. Hay que situarse en su interior para juzgarla, y hay que renunciar tanto al intento de monopolio al que nos venimos refiriendo, como a la falsa idea de que el cristianismo es espíritu puro que no puede «contaminarse» con la materia como pretenden los «meridionales», la «gente del pueblo», en resumidas cuentas, los «hílicos».

### **¿ARRIANISMO ECLESIASTICO?**

El cristianismo es un equilibrio difícil de mantener. Cuando se combate un extremo fácilmente se cae en el otro, igualmente falso y pernicioso.

El excesivo espiritualismo ha llevado a algunos a sacralizar una cultura humana determinada, elevándola indebidamente a la categoría de cultura propia y exclusiva del Reino de Dios en el mundo. A otros, el excesivo espiritualismo los ha conducido al desprecio total de toda cultura o, en otros casos, al rechazo de formas culturales que no son las suyas. Hay en todos estos casos una excesiva divinización, una especie de monofisismo, que no quiere ver más que el aspecto divino o sobrenatural de Cristo y del cristianismo, olvidándose de su naturaleza humana.

En nuestros días, no parece que sea éste el único modo de desviación.

En el siglo IV, Arrio negaba radicalmente la divinidad del Hijo de Dios, afirmando que no era igual al Padre y que era pura criatura, porque había sido

creado por el Padre. Cristo, en consecuencia, era un hombre como todos los demás.

La encarnación del cristianismo en la cultura humana no tiene tampoco ningún sentido si todo se ha de reducir a una pura acción humana de los cristianos en su propia cultura. Tan ausente está la encarnación allí donde el espíritu se mantiene totalmente alejado de la materia, como allí donde solamente hay materia, sin ningún espíritu que la vivifique.

No pocos cristianos hablan de crisis de identidad. No saben explicarse a sí mismos —mucho menos a los demás—, en qué se diferencia la acción cristiana en el mundo de la de otros grupos humanos que buscan también un nuevo orden, una nueva cultura que sirva en verdad a la justicia y conduzca a la mayor igualdad entre los hombres. En muchos casos, es difícil que puedan explicarse esa diferencia, si es que han de juzgar la acción cristiana por la que ellos ejercen. Su ideal y sus métodos, no solamente son los mismos que los de esos otros grupos no cristianos, sino que se mantienen de hecho dentro de los mismos límites estrechos de lo puramente humano. Así no hay ni puede haber encarnación. El cristianismo no podrá contentarse nunca con ser solamente un elemento más que contribuya al advenimiento de una cultura determinada. El cristianismo es encarnación, es decir, un mensaje de Dios vivido en la carne. Cristo es revelación de Dios, mensaje de Dios que hay que encarnar en cada cultura para transmitirlo íntegro. No se puede mutilar ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento, recordando solamente aquellos pasos que nos exhortan a buscar a Dios en el prójimo, a demostrar el verdadero amor a Dios amando efectivamente al hombre. Todo eso es central en el cristianismo. Pero la revelación nos habla también de reconocimiento de nuestra dependencia de Dios, del respeto a su nombre; nos habla de adoración, de vida eterna, de resurrección... Todo este mensaje pertenece a la identidad cristiana y, si se prescinde de él, es como si al hablar de Cristo lo despojásemos de su divinidad, como los arrianos. El cristianismo está y debe estar enraizado en cada cultura, pero nunca puede quedar reducido a lo meramente cultural o humano.

\* \* \*

Resumiendo brevemente, podríamos decir:

1. El destino universal —la catolicidad— del mensaje cristiano no permite que este último sea monopolizado por ninguna cultura. Aunque en muchas ocasiones se haya pretendido que exista, no existe «la cultura cristiana», una cultura que sea la única verdaderamente apta para la asimilación del cristianismo por la humanidad. Hay y habrá tantas culturas cristianas o cristianizadas cuantos pueblos o cuantos niveles culturales haya que evangelizar a lo ancho de la tierra y a lo largo de la historia. La dura peregrinación del cristianismo

de cultura en cultura supondrá siempre una cadena de problemas, con todo el trabajo y con todo el riesgo que eso supone para la disciplina, la teología y la praxis de la iglesia. Pero es inútil tratar de evitar las duras molestias de la peregrinación, intentando asentarse cómodamente en unas posiciones adquiridas, pretendiendo prestarles una universalidad en el espacio y en el tiempo, que sólo es propia del cristianismo, nunca de una cultura, por excelente que ésta sea.

2. Tampoco es posible eludir la dificultad haciéndose la ilusión de profesar y difundir un cristianismo puro y espiritualista, supuestamente ajeno a todo elemento cultural. Su validez universal quedaría reducida a la de los conceptos abstractos. En la vida real, su impacto será nulo. Es más: siendo el cristianismo una vida no un concepto, el cristianismo sencillamente no existe, si no está realmente encarnado. Los espiritualistas o «angelistas» que aspiran a esta espiritualización del mensaje cristiano, se engañan cuando piensan que combaten ciertas formas de enculturación cristiana por ser adherencias humanas impropias de un mensaje divino, cuando en realidad su cristianismo tampoco está ni puede estar exento de adherencias igualmente humanas. Combaten las «adherencias» no por ser humanas, sino porque no son las de su propia cultura.

3. Hay otra manera de acabar con las dificultades inherentes a la encarnación: olvidar en el cristianismo todo lo que no es puramente humano. Se reduce la función del cristianismo a una mera acción social en favor de un mundo humanamente más justo e igualitario. Una vez suprimido lo divino, lo sobrenatural, no es necesario propiamente encarnar nada en lo humano. Es éste el extremo opuesto del «angelismo», por más que pueda presentarse esta actitud con caracteres semejantes de un idealismo a ultranza. Lo peor es que un cristianismo así mutilado pierde todo su valor de instancia crítica en favor del Reino de Dios.

**Manuel Sotomayor**